

Sacerdotes, Religiosos y Laicos

La mayoría de los escritos que dicen relación a sacerdotes son de carácter general: pastorales de espiritualidad sacerdotal, escritas las más de las veces al término de los Ejercicios Espirituales; libros escritos desde los primeros años de su ministerio, retiros espirituales. Todos éstos aparecerán en el 2º volumen, al tratar de "La espiritualidad del sacerdote".

Aquellas ocasiones en que habló a sacerdotes en particular, tales como Ordenaciones Sacerdotales o Primeras Misas son numerosas; sin embargo, sus escritos no se conservan.

Ello explica que sean pocos los escritos que transcribimos en esta sección.

Algo semejante vale para los religiosos y religiosas. El laicado y su espiritualidad es uno de los temas más tratados por Monseñor Larraín, como aparecerá en el 2º volumen de esta obra.

Ello le mereció ser distinguido como Asesor Nacional de la Acción Católica Chilena y permanecer en ella diez años. Le mereció, igualmente ser miembro de la Comisión respectiva en el Concilio.

Por ello, el escrito de sus primeros años de sacerdocio que transcribimos —el único que tiene sobre un laico en particular— tiene especial valor.

LA LECCION DEL ABATE MOLINA (1)
(12 - VI - 1940)

Señores:

El aniversario que hoy nos reúne tiene todo el atrayente interés de una lección y la sonora armonía de un poema.

Celebramos el segundo centenario del nacimiento de Juan Ignacio Molina (2), hijo ilustre de tierra talquina, sabio esclarecido de Chile, sacerdote apostólico de la Iglesia. Y estos tres títulos que adornan su frente se funden para nosotros en un solo sentimiento que los resume: la afectuosa admiración al que con su vida dejara una gloria más para este suelo, un acervo copioso de verdad y de bien para la historia.

Bella y noble lección la que nos ofrece la celebración de este centenario. Ella nos dice en primer lugar, que los ciudadanos de Talca comprenden que no se puede mirar firme el porvenir sin hincar las raíces en el pasado, que la vida de los pueblos no es ciega sucesión de hechos sino maravillosa continuidad de un plan eterno, que los hombres de hoy nos sentimos ligados a la profundidad de la historia y a la anchura de la Patria y que fieles a la consigna de estas grandes figuras nacionales, como la que hoy nos ocupa, queremos que nuestras vidas no lleven sólo la aprobación efímera de los que somos un minuto en el tiempo y un palmo en el espacio, sino que merezcan también la aprobación de nuestros muertos y de nuestras tradiciones, que es tanto como decir la aprobación de Chile, la bendición de Dios.

Esta conmemoración nos da en segundo lugar, la lección de la ciencia. Ella nos habla del valor de una vida que se consagra a las nobles disciplinas de la investigación y el saber. La naturaleza es al mismo tiempo, curiosa paradoja, libro abierto donde el hombre contempla la sabiduría del Creador y oscuro arcano al cual hay que arrancar con paciencia sus tesoros. Sólo la mente poderosa y organizada puede romper el duro secreto de esta esfinge. Pero para ello se requiere el amor de la verdad como antorcha y la constancia de una voluntad dispuesta a todos los sacrificios como sostén. Juan Ignacio Molina había comprendido hondamente el significado de la frase evangélica: "veritas liberavit vos", "la

(1) Trabajo leído en el Liceo de Talca.

(2) Molina Abate Ignacio. Cientista natural chileno del siglo XVIII. Jesuita. Expulsado del país con la Compañía, se estableció en Bolonia. En Europa da a conocer la realidad chilena.

verdad os hará libres" (3); su espíritu cristiano, su vocación religiosa lo hacía consagrarse al servicio de la verdad y esa verdad no sólo la buscaba en las altas disciplinas filosóficas y teológicas sino en la leve mariposa de nuestros prados, las aves de nuestros cielos y en la perfumada flor de nuestros montes. Peregrino infatigable del saber, iba arrancando a la naturaleza sus secretos, para así poder dar a sus hermanos el conocimiento de las creaturas junto con el del Creador, la ciencia de los seres pequeños de la tierra y la enseñanza de nuestro Padre y Señor que está en los cielos.

¡ Hermosa lección de un hombre que sabe de todas las inquietudes del espíritu! Noble lección de una existencia, que a pesar de mil sacrificios lucha por dar cumplida satisfacción a esas inquietudes. Bella lección de una vida que se consagra a dar a sus hermanos la verdad que ha arrancado con sus trabajos a la naturaleza y la que con su fe ha bebido en el seno de la divinidad.

Poco después de él, otro gran sabio y gran cristiano, Pasteur, pudo exclamar: "Feliz aquél que lleva en sí un ideal de belleza y él le obedece, ideal del arte, ideal de la ciencia, ideal de la patria, ideal de las virtudes del Evangelio"... Estas son las fuentes vivas de los grandes pensamientos y de las grandes acciones. Todas se iluminan con reflejos del infinito.

Ideal de ciencia iluminaba a Molina y por eso su vida entera no fue otra cosa sino el bravo luchar del hombre que quiere, día a día acrecentar sus conocimientos, no por la vana curiosidad del saber ni la pequeña ambición del aplauso, sino por el noble y cristiano afán de dar a sus hermanos lo que a través de largos sacrificios había logrado alcanzar.

Ideal de patria iluminaba al Abate, cuando con mirada de sabio y de poeta iba bebiendo el maravilloso encanto de sus tierras maulinas, ideal de patria, cuando el proscrito de Boloña quería con su obra dar a conocer a todo el mundo las riquezas naturales de la tierra donde se mecía su cuna. Ideal de Patria, señores, comprendiendo que a la patria se la sirve con la dedicación de una vida al servicio de los demás; esa fue su misión de sabio y de sacerdote.

Ideal de las virtudes del Evangelio, Molina no sólo es el sabio de quien la patria con razón se enorgullece, sino igualmente el apóstol denodado de Cristo, cuya mente se baña en la luz del Evangelio y su corazón se enciende en el supremo mandato de caridad del Maestro. Un ideal ardiente de fe llena su vida. Ella lo hace abrazar el sacerdocio, ella lo conduce a la familia espiritual de Ignacio de Loyola, la Compañía de Jesús, ella lo alienta en sus trabajos científicos, lo sostiene en sus pruebas, le da esa mirada amplia para escrutar la vida y ese amor apasionado del bien, de lo grande y de lo bello dentro de las normas inmutables de nuestra moral evangélica.

La Iglesia, con justa razón, reivindica también para sí la gloria de Molina. Ella ve en el sabio chileno la genuina expresión de su obra emi-

(3) *Jn.* 8, 32.

nementemente civilizadora en América. Como continuo acicate, el misionero siente el eco de la palabra de Cristo: "predicad el Evangelio a toda creatura" (4), que lo empuja y lo anima. Armado de su cruz penetra selvas y atraviesa continentes. Convierte, redime, civiliza y educa. Junto a la tosca capilla abre la escuela. Junto a la ciencia divina da la humana y a través de doctrinas, convictorios y universidades va poniendo en estas tierras las bases de nuestra cultura occidental.

Molina, el religioso jesuíta chileno, es un bello exponente de esa acción.

El es también un fiel continuador de esa pléyade de sacerdotes y monjes que han enriquecido los campos de la ciencia y del saber. De san Alberto Magno (5) que inventa la brújula y de Santiago de Petry que la aplica a la náutica, de Silvestre I (6), que inventa los relojes y rueda y de san Buenaventura (7) que descubre el principio de unidad de las fuerzas físicas. Del Venerable Beda (8) que explica las mareas y de los monjes Otón y Aduno que inventan el abecedario, de Guido de Arezzo que crea las siete notas musicales y de Magnan que inventa el microscopio, de Mendel con sus leyes de la herencia y de tantos otros que en cátedras y universidades, escuelas, y laboratorios cumplen la misión que Cristo les confiara de instruir y educar y muestran con su vida misma las admirables armonías de la ciencia y de la fe.

La Iglesia, en cuyo nombre hablo en estos instantes, celebra regocijada el centenario de uno de sus preclaros hijos, porque ve en esta vida una bella expresión de su pensamiento educacional. Educar en su concepto es formar, y formar en todos los ámbitos de la vida humana: intelectual y moral, científica y religiosa, individual y social. Es hacer al hombre consciente de todos los valores que en él residen, responsable de todos los problemas que en él se levantan y realizador de todos los deberes que ante su conciencia se ofrecen. Y en Juan Ignacio Molina, sacerdote y sabio, investigador y apóstol, religioso y patriota ve una acabada realización de ese concepto.

Una concepción cristiana del universo en la cual, en admirable armonía, se unen las victorias de la ciencia humana y los esplendores de la divina, la investigación afanosa de las verdades naturales y la inmutable permanencia de las reveladas, la belleza de las cosas vistas en su armónico conjunto, en su unidad y en su todo; he aquí la gran lección de Molina, el poema de su vida, el eco de cuyas estrofas hoy volvemos a través de dos siglos a escuchar.

(4) *Mt.* 28, 19.

(5) Magno San Alberto. Obispo dominico del siglo XIII. Científico, filósofo y teólogo, Dr. de la Iglesia, maestro de Sto. Tomás de Aquino.

(6) Silvestre I. Papa del 314-35.

(7) Buenaventura San. Teólogo escolástico medieval. 1221-74. Franciscano; llegó a ser Cardenal.

(8) Beda (el venerable) 673-735. Inglés. Benedictino. Obras exegéticas, históricas y comentarios.

Que especialmente a vosotros, jóvenes, os aproveche esta lección. Que las puras tradiciones de nuestra tierra y vuestros entusiasmos generosos de juventud os hagan colaborar con ciencia y con virtud a la creación de ese orden nuevo de verdadera paz y justicia que todos anhelamos.

Que seáis juventud con vuestras pupilas abiertas a las grandes ideas, con vuestro brazo fuerte para las grandes reconstrucciones, con amor al pasado para así hacer fecundo y grande el porvenir.

Molina con su ciencia y virtud, con su patriotismo y abnegación, con su obra de apóstol de Cristo y de la ciencia nos señaló la ruta de las puras grandezas de la patria.

Quiera el cielo que siempre sepamos seguirla.

P. ALBERTO HURTADO, S.J.: APOSTOL DE JESUCRISTO.
PREDICACION EN SUS FUNERALES (1)
(18-VIII-1952)

Eminentísimo Cardenal Primado, señores Ministros de Estado, Excelentísimo señor Nuncio Apostólico de Su Santidad, Exmos. Sres. Obispos, señores parlamentarios, señor Alcalde Santiago, Reverendo Padre Provincial de la Compañía de Jesús, señoras, señores:

Un gran silencio, entrecortado sólo por la plegaria, era el único elogio que el Padre Hurtado ambicionara. Un gran silencio donde esconder un gran dolor, hubiera sido también lo único que el amigo de toda una existencia en estos instantes deseara. Y sin embargo, es necesario hablar para destacar más allá de la muerte su figura de apóstol. Hablar para escuchar más allá de los lindes del tiempo su impercedera lección.

Hay que decir en palabras lo que murmuran las lágrimas. Hay que concretar en reglas de vida lo que proclaman sus obras.

Si calláramos, "lapides clamabunt", las piedras clamarían.

Si silenciáramos su lección, desconoceríamos el tiempo de una gran visita de Dios a nuestra patria.

Y sin embargo, cuán difícil, por no decir imposible, es el encerrar en el estrecho marco de estas palabras la múltiple y rica personalidad del Padre Alberto Hurtado.

¿Cómo vamos siquiera a enumerar sus variadas obras, capaz cada una de ellas de llenar la vida de un hombre? ¿Y cómo vamos pálidamen-

(1) Oración fúnebre pronunciada en la Iglesia de S. Ignacio en la Misa fúnebre del P. Hurtado, publicado por la imprenta San José, 1952.

te, a esbozar la hondura de su pensar, la amplitud de su querer, la lucha de su perseverar y el heroísmo de su sufrir? Y sobre todo, ¿quién podrá transmitir a las mezquinas palabras humanas el fuego devorador que alumbró y consumió su vida?

Para condensar todas estas variadas facetas en una sola luz, no he hallado otro pensamiento mejor que lo sintetice que la palabra con que el mismo san Pablo se designa "Apostolus Jesu Christi", Apóstol de Jesucristo. En ella se encierra la rica y breve vida del Padre Hurtado en la tierra. Ella constituye en la muerte su mejor elogio, así como también ella es ya su corona en la eternidad. "Apostolus Gloria Christi", el Apóstol es gloria de Cristo.

El Padre Alberto Hurtado tenía ciertamente todas las características de esos hombres que Dios suscita, para ser en cada época los enviados, que testimonian la trascendencia de lo eterno y captan, para orientarlas, las angustias e inquietudes de su generación.

El Apóstol es el hombre que toma conciencia de su misión divina y se entrega a ella sin límite. Es el que sabe que la vida vale en la misma medida del amor que la alienta e inspira.

Por eso hay también en el apóstol genuino los rasgos de un profeta.

Mientras el mundo se apega a lo que pasa, el Apóstol clama la trascendencia de las cosas de Dios.

Mientras "la fascinación de la bagatela" (*fascinatio nugacitatis*) oscurece los bienes, el Apóstol abre las perspectivas infinitas del reino del espíritu.

Mientras las convenciones, el egoísmo y los prejuicios humanos encadenan, el Apóstol hace resonar oportuna e inoportuna la verdad de Dios, que libera.



*Manuel Larrain y Alberto Hurtado,
alumnos de S. Ignacio y amigos de
toda una vida*

Mientras la codicia pone sed de oro, la sensualidad de goce, y la ambición de gloria vana, el Apóstol señala las fuentes de aguas vivas que saltan hacia la vida eterna.

Mientras los hombres tratan de empequeñecer y apropiarse del mensaje evangélico, el Apóstol reivindica "el verbum Dei non est alligatum", no se puede amarrar con lazos de carne la palabra de Dios. Por eso, el Apóstol no siempre es comprendido, y mientras recoge todas las angustias humanas de su época, experimenta al mismo tiempo el sentido de su soledad.

Pero el Apóstol es sobre todo el hombre del amor; el que no da su corazón a nadie, para ofrecerlo a todos; el que se olvida de sí mismo para ofrecerse a los demás; el que cada dolor lo hace suyo y cada gemido humano encuentra un eco en su corazón. El Apóstol es el hombre que bajo el amor del Padre de los cielos realiza, en el amor universal de sus hermanos el hondo sentido cristiano de la fraternidad. El Apóstol es un cáliz que rebasa caridad.

Y esa fue la vida del Padre Alberto Hurtado.

Para comprenderla, debemos remontarnos a sus raíces y sobre su niñez y adolescencia, contemplar la figura admirable de una madre cristiana. Ni su viudez temprana, ni las graves dificultades económicas pudieron en esa mujer fuerte apartarla de su doble misión: la educación de sus hijos y el sentido de su deber social.

Fue junto a ella, en su labor en el Patronato de San Antonio, donde el Padre Hurtado comenzó a comprender el terrible peso del mandamiento supremo: "Y amarás al prójimo como a ti mismo, por amor de Dios". Fue en esa escuela donde el Apóstol de mañana halló el sentido del pobre, que iluminó más tarde su vida.

Ella lo acompañó en su adolescencia y lo orientó en la vida. Ella lo cedió generosa cuando el Señor lo solicitó. Cumplida su misión de madre cristiana y formadora del Apóstol, ella lo precedió en la peregrinación eterna.

Y el Padre Hurtado pagó con esa fidelidad tan suya el sentido apostólico que su madre le imprimiera.

Frente a su lecho de enfermo, dos fotografías acompañaron su postrera inmolación: la de la Madre del Cielo, en su cuadro que adorna este altar, la Virgen de nuestra infancia y de nuestra Primera Comunión, y la de su Madre de la tierra, que le enseñara a amar a la del cielo.

Apóstol lo fue desde su juventud. Era un niño de catorce años y ya sentía el llamado de la miseria espiritual y material de los suburbios del Santiago de entonces. Patronato de San José, Patronato de Andacollo, Conferencia de San Vicente, sabía de un joven que comenzaba a mirar la vida a la luz del dolor de sus hermanos, y cuya línea de felicidad pasaba por donde está el mayor sufrimiento de los demás.

Cuando la hora de las inquietudes del adolescente llega, cuando ante la mente del joven se diseña la pregunta decisiva: ¿qué orientación dar a su vida?, la respuesta generosa de Alberto Hurtado está ya dada: será sacerdote, para así consagrarse a sus hermanos; y su ideal apostólico se encauzará en el ideal de la Compañía de Jesús.

Pero el Señor, quiere que esta vocación se pruebe. Su madre necesita de su ayuda y el ideal de la vida religiosa parece aún lejano. No importa; será Apóstol en el ambiente donde Dios lo retiene. Aulas de Derecho de la Universidad Católica, ambiente del Regimiento Yungay, donde cumple su servicio militar, círculos y actividades de la inolvidable ANEC, Congregación Mariana de San Ignacio, verán al joven tan alegre en su sonrisa, tan viril en su piedad, tan ejemplar en sus actitudes, que sólo Dios y nuestra generación sabemos lo que representó en nuestra vida de muchachos el ejemplo íntegro, el consejo prudente, la vibración apostólica de Alberto Hurtado.

Yo sé que en estos momentos, muchos de esos viejos compañeros y amigos escuchan estas palabras, y con los ojos velados ven a través de los años, como un signo de luz, la figura ejemplar del amigo ido.

La mano de la Providencia ha permitido que sus sueños apostólicos comiencen a verse realizados. Y un 14 de agosto de 1923 marcha al Noviciado de la Compañía en Chillán.

Años largos y difíciles. Lejanía en la patria. Nostalgia cariñosa de la Madre buena que allá lo espera. Córdoba, de Argentina, Barcelona, Lovaina, todo eso no es sino un estímulo que espolea más fuertemente el corazón que allí se forja.

Esos doce años de plegaria y de estudio, de disciplina fuerte y de hondo anhelar, tienen para el Padre un solo nombre y un solo significado: "el Crisol donde se forja un Apóstol".

Y fue hace cinco años cuando personalmente recogí del que fuera su Superior en Lovaina y hoy Reverendísimo Padre General de la Compañía, este testimonio simple y grande: "En mis largos años de Superior, no he visto pasar junto a mí un alma de mayor irradiación apostólica que la del Padre Hurtado".

Y el momento tantas veces anhelado, llegó por fin.

El Apóstol viene a dar en plenitud lo que llena su alma. Y de esa múltiple labor todos, en una forma u otra, hemos sido los testigos.

¿Quién podrá resumirla y quién podrá contarla?

Dante al hablar de Francisco de Asís, sólo pudo decir: "in cui mirabil vita meglio in gloria del ciel si canterebbe" (2).

También del Padre Hurtado podemos exclamar algo semejante.

Dieciséis años de labor apostólica que abarca todos los campos, que llena todo Chile y trasciende sus fronteras, y que tiene, como inmediatamente diremos, el sentido de una impercedera lección y de un urgente llamado.

Dieciséis años. Cifra tan corta en número y tan rica en contenido.

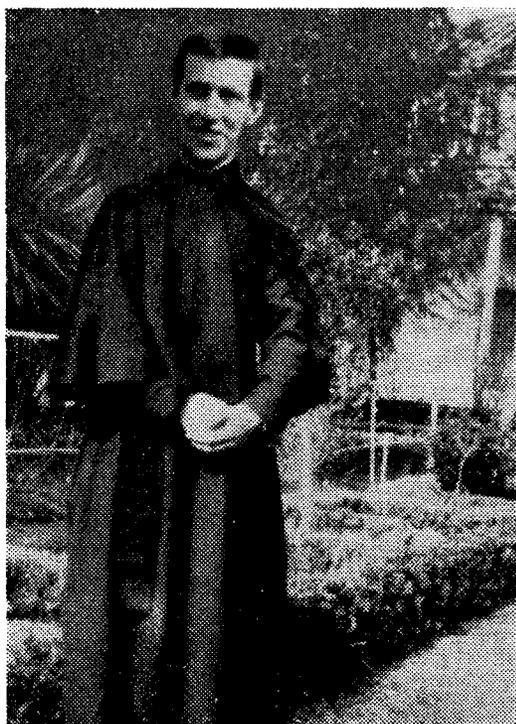
Ella nos entrega la fórmula que condensa su vida:

"Apostolus Jesu Christi", Apóstol de Jesucristo.

Ante esa vida nos detenemos hoy a meditar.

La primera lección que ahí encontramos es el sano realismo que la fundamenta.

(2) tr.: "su vida maravillosa mejor sería cantada en la gloria del cielo".



*Alberto Hurtado, de novicio.
Foto enviada por su madre a
su amigo Manuel Larraín*

El sabe que es portador de un mensaje eterno que hay que entregar en el tiempo. Dispensador de una divina vida que hay que dar a conocer en ese tiempo y a esos hombres.

El Padre ha meditado muchas veces la palabra de Jesús en S. Mateo:

“Se le acercaron los fariseos y seduceos para tentarle y le rogaron que les mostrara una señal del cielo. El, respondiéndoles, les dijo: Por la tarde decís, hará buen tiempo, si el cielo está arrebolado y a la mañana, hoy habrá tempestad, si en el cielo hay un rojo arrebolado y no sabéis discernir las señales de los tiempos nuevos”.

Y no quiso que para los católicos de Chile pudiera aplicarse el reproche de Jesús de “no saber discernir las señales de los tiempos nuevos”. Quiso, en cambio, que su acción fuera tanto más realista cuanto más alto su ideal. Y que para ello se penetrara de la gravedad de los tiempos que vivimos, se enfrentará al hecho de nuestra paganización creciente y sacará de ahí, en forma viva y apremiante, la conciencia de su deber apostólico. Y fruto de este realismo apostólico fue su trascendental libro: *¿Es Chile un país católico?* El título y la tesis tienen que chocar. Es tan dulce dormirse sobre la ilusión de una cifra estadística. Es tan fácil excusarse de la acción profunda, diciendo: Chile es un país católico. Es tan cómodo abandonar los problemas vitales de la Iglesia que exigen sacrificio constante y reemplazarlos por unas cuantas manifestaciones bullangueras. Pero el Apóstol de verdad, ha sido puesto como “dardo

agudo" que se clava en las carnes dormidas, como vigía que rompe con su grito estridente el silencio cómplice de la noche. Y pese a las incomprendiones y a las críticas, el libro quedó como una interrogante angustiosa que golpea, urgiendo las conciencias cristianas: "¿Es Chile un país católico?"

Si un gran examen de conciencia comienza hoy a hacerse entre los católicos chilenos, si la distinción entre lo vital y lo aparentemente cristiano va penetrando en muchos espíritus, si la necesidad de una acción profunda que nace de una vida íntegramente vivida se hace sentir más fuertemente, si en una palabra, nuestra acción se basa en realidades, que no por amargas, dejan de ser realidades, tendremos en el futuro que señalar, la audacia de un Apóstol, que con magnífica libertad dijo fuerte lo que su mente veía y supo de esa misma realidad sacar las normas de la acción.

El libro del Padre Hurtado marca una etapa decisiva en la historia de nuestro apostolado chileno.

Y porque era realista su mirada debió dirigirse hacia las necesidades vitales y primordiales de la Iglesia: las vocaciones.

Una Iglesia que no da el número de vocaciones sacerdotales y religiosas que requiere, está enferma en sus raíces.

El avanzar cristiano es eterno y si faltan los órganos generadores de esa vida, esa Iglesia está fatalmente condenada a decaer.

Y él supo dar a su vida la inmensa llama apostólica que lo consumió, supo también encenderla en otras almas juveniles.

Como el poeta de la antigüedad clásica, el Padre Hurtado puede su célebre verso: "sicut cursores, vitae lampades trahunt". "Como corredores que se transmiten las lámparas de la vida".

—"El Padre Hurtado pesca vocaciones", decían aquellos padres y madres temerosos, que en su mezquindad egoísta, niegan sus hijos al llamado de Dios. Y no comprendían que esas vocaciones nacían al contacto del alma inflamada de un Apóstol y eran la realización en el tiempo de la eterna palabra de Jesús: "he venido a traer fuego a la tierra y ¿qué otra cosa quiero sino que se abraze?"

El Noviciado de Loyola dirá, en su realización material, en el número de sus novicios y en el espíritu que lo alienta, de lo que es capaz un alma, que sabe como el Fundador de su Orden repetir "preferir la gloria de Dios a todas las cosas".

Y su alma grande, no se encerrará tampoco en los marcos de su familia espiritual y sabrá dar vocaciones a los demás Seminarios Diocesanos y Religiosos.

Hace apenas cuatro días ofrecía sus dolores con un "qué bueno eres, Señor" por las vocaciones del Seminario de Santiago.

Y la mirada del Apóstol seguía, al imperio de la enseñanza divina, contemplando los campos donde blanquea la mies.

Y vio a la juventud con sus anhelos e inquietudes, con sus flaquezas y desmayos y como su Maestro "intuitus dilexit", lo miró hondo y lo amó.

A través de Chile entero la juventud sintió la mano firme de un

timonel que le decía avanza mar adentro y en su Asesor Nacional vio al Jefe que aguardaba.

Sobre todas las dificultades les enseñó la lección que forma el corazón del joven: la generosidad.

Los quería fuertemente hombres y profundamente cristianos. Inquietos a todas las angustias y prontos a toda donación. Mirada abierta, frente alta, mano que sabe darse con sinceridad, sonrisa fresca en los labios y sobre todo, auténtico sentido cristiano de su misión.

Para ello tuvo una sola pedagogía y un sólo secreto: amar y servir.

Quizás no siempre se ha reparado en el hondo significado de su característico saludo familiar: "¿qué hay, patroncito"? Y estaban equivocados. El "patroncito" no era él, eran precisamente los otros, porque como Jesús "el no había venido a ser servido sino a servir".

Han pasado ya ocho años que dejara su cargo de Asesor Nacional de jóvenes, pero sobre el tiempo sigue su figura íntimamente unida al destino de nuestra juventud.

Los jóvenes de ayer ya son hombres. Sobre sus vidas maduras comienza a caer "el peso del día y del calor", pero en sus ojos sigue reflejándose el fulgor que el Asesor de entonces pusiera y sigue resonando el grito de las eternas ascenciones, "excelsior", más arriba.

Pero el Sacerdote es antes que todo el "pontífice que puede condolerse de los que ignoran y yerran porque también está circundando de miseria y debilidad". Y por eso es juez y médico de las conciencias enfermas, amigo inseparable, que quizás se olvida en los momentos de dicha, pero al cual siempre se acude en los instantes de dolor. Y eso fue el Padre Hurtado. Nadie puede decir su acción callada en esos problemas silenciosos, que sólo a Dios y a sus Ministros se descubren. Los que de cerca y de lejos se congregan junto a sus despojos, los que con un nudo muy fuerte en la garganta, apenas pueden modular una oración, sienten que en el Padre han perdido un médico que sanaba sus llagas, un consejero que recibía sus confidencias y orientaba, un amigo que "supo hacerse todo para todos, para ganarlos a todos para Cristo".

El Padre Hurtado comprendió plenamente lo que la doctrina social de la Iglesia encierra y representa. Sabía bien claro que el Cristianismo o es social o no es.

Con su realismo de Apóstol genuino, vio lo que S.S. Pío XI llamara "el gran escándalo del siglo XX; los obreros alejados de su Madre la Iglesia" y con otro gran Apóstol moderno, sintió "que la Iglesia sin la glase obrera no es la Iglesia de Cristo". Y a sanar esta gran llaga se dio por entero en esa su trascendente y vasta misión social. Le dio su mente y fruto de ella fueron sus obras de sociología, que sirvieron para recordar los grandes postulados sociales de la Iglesia y a urgir a los católicos su aplicación.

Qué claro aparece en sus escritos la posición del católico; el cristiano no puede optar entre dos materialismos, sino abrazar plena, íntegra y totalmente la doctrina que la Iglesia le ha señalado con carácter de estricta obligación.

Le dio sus energías, y sus últimas palabras fueron para ofrecer el holocausto de su vida por el Hogar y la ASICH.

Le dio, sobre todo su corazón. El Padre Hurtado vio cumplidas en él las palabras del Salmista: "Beatus qui intelligit super egenum et pauperem" (3), tuvo como pocos el sentido del pobre.

Sobre la Capital de la República hay un terrible escenario que abofetea nuestro rostro de chilenos y cristianos: los hombres sin techo, las viviendas inhumanas, las multitudes que no tienen "el espacio vital para que se desarrolle una familia", los hijos de Dios que no gozan de aquel minimum de bienestar humano que el Angélico señala como requisito indispensable a la práctica de la virtud.

Qué fácil es arrojar unas cuantas frases hechas, como se pega un cartelón sobre su muro, para calmar nuestra conciencia que grita, qué fácil es decir: vicio, incultura, no se logra nada, como si con esas palabras sacudiéramos nuestra responsabilidad social.

El Padre Hurtado sintió esa lacra y enfrentó esa responsabilidad.

Amaneceres escarchados de un invierno santiaguino; los prados blanquean al llegar el día y en los quicios de las puertas o sobre un banco de nuestros jardines, duermen, peor que animales, hermanos de nuestra raza e hijos de un mismo Padre celestial.

La prensa lacónicamente informa en sus hechos policiales: Ayer fueron hallados muertos por el frío, tres, cuatro, seis personas".

El corazón del Padre Hurtado no puede más. Callar sería complicidad. Y habla con su palabra de fuego que remueve. Muchos han comprendido. Una señora ha llegado esa tarde trayendo la única joya que le queda: el Hogar de Cristo ha nacido. . .

Y como el grano de mostaza de la Evangélica parábola, crece para dar techo, comida y sobre todo amor, a tantos que sólo han tenido por hogar el lecho del río, por pan el infortunio y por única familia, la orfandad.

Cuando en el siglo III el Diácono Lorenzo oyó, en la persecución, decir al Juez: "Entrégame los tesoros de la Iglesia".

He aquí, señores, lo que, en la Tierra primero y desde el Cielo ahora, nos dice el Padre Hurtado, señalándonos el Hogar de Cristo: "Aquí están los tesoros de la Iglesia".

Qué gran lección nos entrega.

El sentido del pobre. En ellos vio a Cristo. En sus llagas curó las del Maestro. En sus miembros aterrados cubrió la desnudez de Jesús.

Y hace dos días, me atrevo a decirlo con íntima certeza, allá en los cielos resonó con especial acento, la voz del Juez Supremo que dictaba su sentencia de eternidad:

"Ven, bendito de mi Padre, a poseer el reino que te tenía preparado. Era peregrino sin techo y me recibiste. Estaba desnudo y me vestiste. Enfermo y me visitaste. Hambriento y me diste de comer. Tuviste el sentido del pobre. Lo que hiciste a uno de esos desvalidos, me lo hiciste a Mí. Entra en el gozo de tu Señor".

(3) tr.: "feliz el que comprende al necesitado y al pobre".

Pero el Hogar de Cristo no contenta las ansias apostólicas del Padre. Hay que dar casa permanente a las familias. Y la Cooperativa de Edificación surge con este fin. Si su acción es limitada, tiene un alcance más vasto: despertar nuestra conciencia social en este pavoroso problema de la habitación. El Apóstol se revela no sólo en lo que crea sino en las proyecciones que su misma creación produce.

Junto a su lecho de enfermo, llega la Primera Dama de la República, cuyo gesto maternal, dando a nuestro pueblo el hogar que imperiosamente necesita, recogerá la historia y el Padre Hurtado le sonrío, prometiendo bendecir, desde el Cielo, esa obra.

Ella sabe cómo el Padre alentó su obra y cómo, fiel a su promesa, continuará, desde arriba, protegiéndola.

Pero la "sensibilidad social" de que nos habla el Pontífice actual a los chilenos es algo más que mera beneficencia. La caridad que se dispensa de la justicia, no es caridad.

El obrero y el empleado necesitan ser defendidos en sus derechos y amparados en sus justas reivindicaciones. Y para ello, en las condiciones actuales, ha de ir imprescindiblemente al sindicato.

El Padre Hurtado comprendió toda la trascendencia de la acción sindical y la necesidad de preparar para ella a sus dirigentes, y fruto de su visión y de su energía, nació la ASICH.

Para ella estuvieron hasta el final sus mejores actividades y desvelos. Para ellos escribió su obra "*Sindicalismo*". Ella fue en su visión de Apóstol, el medio de esa redención proletaria, que Pío XI señala como meta de nuestra actividad social.

Pero más que la ASICH, el Hogar de Cristo, la Cooperativa de Edificación, está el llamado que esas obras encierran. Ha dicho Lacordaire que "es propio de los grandes corazones el descubrir la necesidad más urgente de su época y consagrarse a ella".

El gran corazón del Padre Hurtado nos deja este imperativo llamado: nuestro deber social.

El católico tiene una misión social que cumplir. El tomar conciencia de las exigencias sociales del Cristianismo, es dar a nuestra fe su expresión plena y perfecta. Seguir a la Iglesia y no seguir con lealtad plena, con integridad máxima, con sinceridad generosa su enseñanza social, es como pretender separar a Cristo de su Evangelio.

Podrán las obras que él fundara morir en el transcurso de los años, como muere y parece todo lo humano, pero un "monumento más perenne que el bronce" "aere perennis", proyectará en el tiempo el gran llamado a nuestro deber social que el Padre Hurtado nos dejara.

Como genuino Apóstol, no le faltó en esa tarea el sello inconfundible de la Cruz. Fue una más que se sumó a los que en la implantación de estas doctrinas han debido probar entre nosotros el acíbar de la crítica y la hiel de la incompreensión.

Ni utopía de soñador ni exaltación de avanzado, ni odio de amargura inspiraban su firme posición y su tajante palabra. Porque no es utopía lo que está en la raíz del alma humana, ni amargura lo que tiene como savia vivificante, el mandato supremo de la Caridad.

Y por eso fue valiente en la posición adoptada.

Ser testimonio de una doctrina, no ceder ante el temor ni ante el halago, no claudicar en una posición muchas veces incomprendida, no desviar esa misma doctrina de la dirección rectilínea que debe seguir no es cosa fácil; para ello se requiere esa fortaleza que nace de la convicción profunda, esa serenidad que sabe que Dios y el tiempo hacen justicia, esa visión de serenidad que da a los hombres y problemas su verdadero valor.

Ese es el legado que el Padre Hurtado nos deja y la huella que trataremos de seguir.

Y ahora, señores, una pregunta tan sólo ¿de dónde sacaba el Padre Hurtado las energías extraordinarias de su acción?

Y a esta pregunta una respuesta. Junto a sus cualidades destacadas de hombre, el Padre Hurtado sumaba la fuerza incontrastable de una eminente virtud.

Religioso en el pleno y amplio sentido de la palabra, amó a la Compañía y en ella a la Iglesia con toda la vehemencia y la pasión de su corazón generoso.

Forjado en el rico molde ignaciano, centró su vida en la ofrenda total que san Ignacio pone al final de sus Ejercicios.

Si se me pidiese una síntesis de la espiritualidad del Padre que explicara todos y cada uno de los actos de su vida, sin duda yo la encerraría en el llamado del Rey Temporal a seguirlo y en la ofrenda con que el alma responde al amor apremiante de Dios.

“Tomad, Señor, y recibid mi libertad, mi memoria, mi inteligencia y voluntad todo entera. Todo lo que tengo o que poseo, de Ti lo he recibido; a Ti, Señor, lo retorno. Dame tu amor y tu gracia, que eso me basta”.

Apóstol de Jesucristo, todo lo ofrendó y su vida fue una perpetua oblación: “Tomad, Señor, y recibid”.

Apóstol de Jesucristo, su muerte ejemplar consumó el holocausto de su vida. “Dame tu amor y tu gracia. Esto sólo me basta”.

Nos deja como a cristianos, un luminoso ejemplo.

Pero nos deja, como a hombres, un inmenso vacío.

Por eso, a pesar del “fiat”, muchas veces repetido, las lágrimas nos traicionan.

Por eso en estos días, como un escalofrío, ha recorrido de norte a sur de la República, la frase, que más que pronunciarse, se solloza: el Padre Hurtado ha muerto.

Y la frase resuena en el fondo de la mina oscura, a donde su palabra, como un mensaje de esperanza, penetró. Y sopla como el puelche helado en nuestros caseríos campestres que escucharon, con la sencillez del campesino, el eco de su palabra evangélica. Y vibra sobre nuestras pampas calicheras, donde el nortino, hecho esfuerzo y empuje, comprendió la buena nueva divina que, en palabras tan humanas, este Apóstol obrero le traía. Y cae, como la lluvia de invierno sobre los techos de fo-

nolita de nuestras poblaciones callampas para repetir como un gran gemido: el Padre Hurtado ha muerto.

Y el pobre angustiado en su tugurio siente que un gran amigo se le ha ido. Y bajo los puentes del Mapocho, el huérfano sabe que ya no existe el que quiso reintegrar su vida de vago a la sociedad. Y sobre el féretro, en un desfile continuo ha ido cayendo como una oración, el llanto de los humildes y la plegaria de los que por él supieron del aproximarse a Dios.

Para el que no tuvo más reposo en su agitada vida que la enfermedad y la muerte, ya ha resonado el "descanse en paz" de la Iglesia. Y entre los que amó con predilección, va a dormir su eterno sueño.

Y cuando el tiempo pase y la ley fatal del olvido vaya dejando caer sobre los hombres y sucesos su polvo sutil, junto a ese sepulcro vivirá el recuerdo de un sacerdote que amó a los pobres y a los humildes, y por ellos, en suprema oblación, ofrendó su vida.

"Tomad, Señor, y recibid".

Pero no podemos llorar como los que no tienen esperanzas. El ya habita el lugar del refrigerio, de la luz y de la paz.

Fue su alma ardiente como llama; resplandezca como luz.

"No busquemos a un vivo entre los muertos". Imploramos su valiosa intercesión.

Y mientras el corazón sangra, la plegaria sube.

"Tú, Señor, nos lo diste. A ti también te lo entregamos".

Cíñele la corona de justicia que has prometido a los que saben pelear el buen combate por tu Nombre.

Y a nosotros y a mí, ante quien llegó arrastrándose en su enfermedad, para dar su última predicación, danos el consuelo y la fuerza, en su ausencia, para poder, con voz entera, repetir la palabra del poeta de los grandes infortunios de la vida:

"Dominus dedit, Dominus abstulit. Sicut Domino placuit, ita factum est. Sit Nomen Domini benedictum".

El Señor nos lo dio, el Señor nos lo quitó. Como al Señor le plugo, así fue hecho. Sea bendito el nombre del Señor.

ORDENACION DE 11 SACERDOTES CHILENOS EN FRIBURGO
(SUIZA) (1)
(16-VII-1961)

Esta ordenación no es sino una etapa más en el movimiento apostólico de la Iglesia, en el caminar de Cristo en la historia y en el avanzar del Reino de Dios en el tiempo, en el crecer del Cuerpo Místico de Cristo hacia su plenitud.

Y precisamente es esto lo que significa la ordenación de los nuevos sacerdotes: es la sucesión apostólica, que se continúa a través de los Obispos, y que va dándole a los ministros la misma misión que recibieron aquellos a quienes ha dicho "euntes in mundo universo", "id en el mundo universo y predicad el Evangelio a toda creatura".

En estos instantes, creo que nosotros vivimos esta doble medida del sacerdote, esta medida hacia Dios y esta medida hacia los hombres.

La medida hacia Dios, para dar lo que el hombre siempre busca, lo que la humanidad siempre anhela, que es la verdad y la vida. En el fondo de todos los movimientos de la historia, aún en aquellos que a veces se desvían hay, sin embargo, una búsqueda de verdad y de vida, y Cristo llega a decirnos "Yo Soy la Verdad, Yo Soy la Vida", y viene a decirle a los sacerdotes que ellos deben dar esa verdad y distribuir esa vida.

Con las palabras mismas, con que el Santo Padre Juan XXIII hablaba en la última alocución de Navidad, yo les digo a los nuevos sacerdotes que amen la verdad, que digan la verdad, que defiendan la verdad, y que hagan la verdad. Porque creo que lo que el mundo más necesita de uno, es la verdad porque solamente la verdad nos hace libres, al decir del Evangelio, pero esta verdad, debe llevarnos hacia la vida, la vida que es Cristo y esas manos que esta mañana hemos ungido, son manos distribuidoras de vida, son manos que bendicen, son manos que perdonan, son manos que acompañan, son manos que conducen al hombre hacia Dios. Esta medida de don del sacerdote hacia Dios es lo que vivimos nosotros en estos instantes.

(1) Los sacerdotes ordenados en esta fecha fueron: Francisco José Cox (actual Obispo de Chillán), Ignacio Cruz, Patricio González, Jaime Fernández, Rafael Fernández, Francisco Javier Errázuriz (actual General de la Comunidad de Schönstatt), Pedro Gutiérrez, Germán Pumpin, Joaquín Alliende, Marcial Parada, Manuel Camilo Vial.
Este discurso está tomado de una cinta magnetofónica, facilitada por el Padre Ignacio Cruz.



Junto a los 11 sacerdotes recién ordenados

Pero el sacerdote siendo el “hombre de Dios”, aquel “homo Dei” de que habla san Pablo, es también el hombre de los hombres, es el que se ha consagrado íntegramente a sus hermanos, es el que siente que ninguna angustia, ningún problema le es extraño; por eso vive en toda su hondura y en toda su extensión el drama del mundo para llevarlo hacia Dios. Hombre de los hombres, para que así nos dé el sentido auténtico del hombre, el sentido auténtico de la vida, el sentido auténtico de todas las cosas temporales, el sentido hondo de la existencia.

Eso es lo que nos anima en estos instantes, y por eso hay alegría profunda en todos nosotros: en los chilenos, porque sabemos que en las incertidumbres y problemas de nuestra patria, hay siempre una aurora, y esa aurora nos llega siempre por María. Hoy 16 de julio, día de la Virgen del Carmen, nosotros sentimos de una manera especial a nuestra patria, y son precisamente estos nuevos sacerdotes, nacidos y crecidos en el regazo de la “Mater” donde nosotros los sentimos ahora verdaderamente como aurora en la noche.

Y sepan todos los hermanos que aquí nos rodean, que desgraciadamente hay muchos que no comprenden mis palabras, sin embargo hay también esa íntima alegría en el sentir católico, en el sentir universal, en el sentir de la Iglesia, que es el verdadero sentir cristiano.

Por eso yo termino deseándoles a estos queridos —no digo ya sacerdotes— los voy a llamar con toda propiedad, con más propiedad que nadie hijos, porque hoy los he engendrado a Cristo en el sacerdocio de Cristo.

Pocas veces, puedo decir, que un obispo vive en forma más honda la grandeza de la plenitud del sacerdocio, que cuando engendra a otros a la vida sacerdotal. A estos hijos yo les deseo, solamente un ministerio siempre auténtico e integral. Se los digo en síntesis; auténticamente un sacerdocio que siempre busque a Dios y que siempre busque a los hombres; que esté siempre orientado en esta doble medida del sacerdocio: en esta medida vertical hacia Dios, para levantar un mundo hacia El y esta medida horizontal hacia los hombres para darnos a nuestros hermanos y conducirlos a Cristo. Ese es el sentido profundo del sacerdocio; eso es lo que les auguro a ellos y por eso creo que no hay un ser que en estos instantes dé toda la alegría de la Iglesia, dé la alegría de la congregación Palotina, dé la alegría de nuestro Chile, que ve nacer a estos nuevos sacerdotes, para bien de las almas, para bien de la Iglesia, y para que siempre entre nosotros haya ese reino de Cristo, en el amor de Cristo, en la Justicia de Cristo, que es lo que engendra la verdadera Paz.

PIER GIORGIO FRASSATI (1)
(IX-1924)

*Al Centro de Acción Católica de esta Universidad, para que en sus breves páginas conozcan la figura de quien como ellos comprendió y vivió las grandezas del apostolado cristiano.
Con sincero afecto dedica*

EL AUTOR.

Universitario católico

En el paisaje maravilloso del valle de Aosta, en medio de ese cuadro lleno de majestad de la región alpina, dentro de la tranquila paz del camposanto de Pollone, hay una tumba siempre cubierta de frescas flores y alrededor de la cual se ve a menudo congregados, centenares de jóvenes que de toda Italia vienen a buscar en ese sitio una palabra de aliento y una lección de vida. Bajo la enorme cruz de piedra se extiende una lápida y sobre ella grabadas estas sencillas palabras que las falanges de jóvenes que ahí llegan leen y meditan en religioso silencio:

PIER GIORGIO FRASSATI

6 de abril de 1901

4 de julio de 1925

(1) Los datos principales de esta biografía han sido tomados de la espléndida obra escrita por el Director Espiritual de Frassati, Padre Cojazzi. Sacerdote Salesiano de Turín.

“A los veinticuatro años —al doctorarse de ingeniero— bello, robusto, alegre, amado — vio de improviso el último día — y como siempre — lo saludó sereno — cual el día más bello. Confesó la fe con pureza de vida y caridad de obras, la muerte lo levantó como bandera viviente de juventud cristiana”.

Y como resumiendo toda la idea que las breves palabras de esa lápida expresan, la frase del Evangelio:

“¿Por qué buscáis a un vivo entre los muertos?” (2).

En realidad, cuando el 7 de julio de 1925, la ciudad entera de Turín acompañaba los restos de un joven estudiante de ingeniería, comenzó a verse verificada la paradójal pero cristiana idea que “morir es comenzar a vivir”.

Cuando el cortejo atravesó las calles y se vio el simple ataúd llevado en hombros por sus amigos, su paso semejó la apoteosis de un triunfador. Cuando las lágrimas se secaban para trocarse en una fuerza nueva que se sentía nacer en los corazones y cuando de todos los labios brotaba la misma frase “era un santo”, el nombre de Frassati conocido hasta entonces del grupo de sus amigos y protegidos comenzaba a crecer como una figura viviente que debía proyectarse sobre toda la juventud católica de su tiempo.

Y cuando en medio del religioso silencio del cortejo se vio avanzar abriéndose calle a un pobre viejo ciego que con trémulo paso llegó hasta el féretro con su mano alzada ansiosa de tocarlo, cuando después de tocar el ataúd como si aquella mano hubiese quedado consagrada se le vio hacer el signo de la cruz, entonces la multitud comprendió que en la escuela del servicio de los pobres era donde Pier Giorgio había aprendido las lecciones que en el momento de su muerte lo constituían en verdadero maestro de vida cristiana.

Y de todo ese dolor que embargaba a una ciudad entera, mezcla de admiración y ternura, brotaba una enseñanza que un testigo ocular así expresaba:

“Ciertas muertes suceden para bien de todos. El tenía una misión que cumplir. La misión cristiana es alegría y tragedia; él ha muerto para cumplirla por entero. Aquella vida de pureza y bondad queda como ejemplo y aliento y así viven los jóvenes que lo ponen ante su vista. Ha muerto para vivir y hacer vivir”.

En estas breves líneas quiero hacerlo vivir ante nuestra juventud universitaria, porque sé que el contacto con su figura, aunque presentada a través de mal hilvanados rasgos, traerá a los corazones un soplo vivificante de fe y entusiasmo, como descende de las alturas la suave brisa que refresca los campos.

* * *

(2) *Lc.* 24, 5

Al oír el nombre de Pier Giorgio Frassati aclamado como santo por las muchedumbres que lo acompañaban a su última morada, podrá más de alguno imaginar una vida retirada del mundo, llena de extraordinarios hechos, buena si se quiere para suscitar la admiración, pero difícil, por no decir imposible, de lograr su imitación, y al contemplar en cambio, una vida sencilla y alegre de universitario cuyas horas se alternan entre el estudio y la amistad, la sana alegría de una juventud pura y la tierna compasión con que va en busca de los que sufren, las horas serias en que se prepara a la vida en el trabajo por modelar su espíritu y las horas llenas de intrepidez y entusiasmo en que escala las cimas y vetas de los Alpes; cuando se contempla digo, a un muchacho bullicioso y alegre, con su pipa en la boca y su carcajada en los labios, se queda más de alguno admirado, hasta si se quiere desilusionado, del modelo que va a presentarse a su vista. Y justamente porque se encuentra tan a nuestro alcance es atrayente su figura, porque su vida fue la ordinaria vida de un universitario pero iluminada toda ella por una luz de fe y caridad, es que los estudiantes italianos primero, los de diversos países después, han levantado su figura como enseña y estandarte que en todo instante nos recuerda la suprema cima a que el ideal cristiano nos empuja y alienta.

“Yo tenía, dice uno de sus íntimos, una idea infantil de la santidad. Me la había figurado como la cualidad de un ser fuera de la humanidad, digna de admiración pero imposible de imitación. Cuando regresé a casa después de su funeral, casi deslumbrado por una súbita luz interior, dije dentro de mí: ¡he aquí el santo! E inmediatamente recordé los años pasados a su lado y me pregunté ¿lo he visto alguna vez tratar mal a un compañero?, ¿ser descortés con una persona cualquiera?, ¿lo he oído jamás decir una palabra menos correcta? Y me respondía: ¡Nunca! —y evocaba nuestras conversaciones, la paz que ellas me dejaban en el corazón, la fuerza que infundían a mi débil voluntad”...

* * *

Brevemente, tanto cuanto puede hacerse en el corto espacio de un artículo, señalaré en Frassati al hijo de familia, al estudiante, al amigo y al cristiano.

El 6 de abril de 1901, nació en Turín, contándose su padre entre las personalidades más destacadas de Piamonte, senador del reino, propietario y director de uno de los principales periódicos italianos, *La Stampa*, y más tarde Embajador en Berlín.

De su familia heredó los rasgos más notables de su carácter: la fortaleza de su voluntad, la rectitud de su conciencia. Educado en un sano realismo, aprendió de sus padres a huir de aquello que un escritor ha justamente llamado la *retórica de la vida* o sea la disconformidad entre nuestro sentir y nuestra palabra, el disimular bajo convenciones sociales nuestras apreciaciones y nuestros juicios.

Enemigo de toda apariencias, fue habituado a manifestar siempre sus ideas y convicciones y a mirar las cosas y los hombres cara a cara, para saberlos apreciar no en lo que aparecen sino en lo que son. De ahí

su convicción profunda que la vida se mide por los hechos, no por los propósitos, anhelos o teorías, que el sentimiento es vacío si no se transforma en acción. De ahí también ese culto por el deber que puede decirse era la línea invariable de su vida.

Como la región de donde provenía su familia, “il Biellese”, Pier Giorgio tenía en su carácter la dureza de esas rocas, la austera sencillez de esas montañas.

Comprendía y vivía el significado de esa palabra latina que designa el hombre, *Vir*, la fuerza en ejercicio. Esa hombría que no es la torpe desvergüenza del libertino, ni la provocadora insolencia del matón, sino la tranquila y serena posesión de la fuerza puesta al servicio del deber.

Sobre esa formación natural, vino a agregarse la de una sólida educación cristiana ya que la gracia divina no destruye la naturaleza sino la perfecciona. La madre no tan sólo cuidó de enseñarle las verdades religiosas que orientan la vida, sino a modelar su corazón en la práctica de esas mismas enseñanzas. Bien sabía que el cristianismo no es una fría enumeración de preceptos, sino una vida que es necesario vivir a cada instante y por eso al entregarlo a su primer profesor su única recomendación fue pedirle cooperara a que sus hijos adquirieran, según sus propias palabras, el “*sensus Christi*”, el sentido de Cristo para apreciar todos los acontecimientos.

Y el hijo correspondía al esfuerzo materno.

Hombre, en toda la hermosa expresión de esta palabra, junto a su recia virilidad formaba su espíritu cristiano en la práctica de una piedad sencilla y profunda, unida a una ardiente caridad.

Desde el momento de su primera Comunión, hecha a los diez años, la grandeza de la Eucaristía se abrió ante sus ojos inocentes. El Director espiritual del Instituto al cual ingresó, P. Lombardi, da este testimonio:

“Cuando llegó al Colegio inmediatamente me llamó la atención su docilidad para aceptar mi invitación a la comunión frecuente. Inmediatamente comenzó a practicarla varias veces por semana y con tanto fervor de su corazón inocente que admiraba y atemorizaba a su buena madre. Pensaba ella que no reflexionase bastante en lo que hacía. Yo la tranquilicé, y presto pudo ver con alegría los frutos de bondad que daba su hijo. Al año siguiente comenzó sin más la práctica de la comunión diaria, que no dejó hasta la muerte. Y fue, bajo la acción potente de la Eucaristía que comenzó a formar su carácter de cristiano, piadoso, convencido, verdaderamente fuerte, que más tarde se manifestó en tan magníficos ejemplos para todos”.

Y al soplo de esta vida piadosa nacía la caridad. El, de naturaleza si se quiere áspera, que nada supo de exagerados sentimentalismos, desde pequeño se conmovía hasta las lágrimas a la vista de la miseria. Un día su padre había despedido a un mendigo que le pedía limosnas al advertir que era un borracho. Pier Giorgio no pudo contener el llanto y corrió hacia su madre diciendo: “Mamá”, había un pobre que tenía hambre y papá no le ha dado de comer”.

Se le explicaron las razones, su inteligencia comprendió que eran verdaderas, pero su corazón no pudo persuadirse y fue necesario auto-

rizarlo para que, corriendo por el camino, alcanzase al pobre y le diese de comer.

Eran los indicios de las grandes virtudes que comenzaban ya a aparecer.

No se crea sin embargo, que su carácter era lo que se llama fácil. Tenía las cualidades, pero también los defectos de esas naturalezas ricas que casi podemos llamar primitivas; junto a la sinceridad y rectitud de espíritu, a la fuerza de carácter y bondad de corazón, se encontraban los rasgos de un carácter impetuoso, impulsivo, sostenido en sus decisiones hasta el punto de llegar algunas veces a la porfía. Su virtud no sería el fruto de una buena inclinación de su alma sino el triunfo del esfuerzo perseverante hacia el bien.

Educación severa, ambiente austero, voluntad firme... , hacía que sus afectos familiares fuesen hondos dentro de la sobria forma en que se expresaban. Algunas cartas a su hermana nos dan a conocer la exquisita delicadeza de sus sentimientos:

“Escríbeme a menudo, para que así puedas al menos colmar el enorme vacío que has dejado entre nosotros. Antes, viviendo diariamente juntos, no había podido apreciar suficientemente todo lo que tú representas para mí. Pero ahora, por desgracia, que muchos kilómetros nos separan, ahora que hemos debido separarnos no por algunos días sino por la vida y sólo nos veremos de tanto en tanto, he comprendido qué cosa significa una hermana en una casa y qué vacío puede su ausencia dejar”.

Formado en este ambiente de sobriedad moral y de virtud cristiana, educada su mente y su corazón, debía salir a la vida e ingresar a la Universidad. Pero antes debía también conocer la crisis de la juventud, pasar por ese período en que se tiene la

“mentalidad del niño junto a las aspiraciones y pretensiones del hombre, en que no se es aun hombre y ya no se es niño y en el cual con la debilidad del niño se cede fácilmente a las pasiones del hombre” (3).

Horas de lucha en que el bien y el mal trabaron combate, mientras una madre sumida en la angustia comprendía la batalla que se libraba en el corazón de su hijo. Al cabo de pocos días la gracia había vencido y una tarde sintió la madre que las puertas de su habitación se abrían con violencia, mientras veía a Pier Giorgio con los ojos brillantes exclamar: “Mamá, perdón, no sabía lo que hacía, te juro que no lo haré nunca más”. Y contra su costumbre cayó de rodillas y le besó las manos.

Ese “mai piú” nunca jamás, fue el programa de su vida, hasta su muerte. Y de esa crisis brotó su humildad profunda, la certeza, casi podemos decir experimental, de la necesidad de los sacramentos y de la dirección espiritual, el comienzo de su vida interior, consciente de las luchas y triunfos que encierra.

(3) P. Cojazzi. *Vida de Pier Giorgio Frassati*.

El obstáculo se había transformado en grada para subir más alto, la virtud puesta a prueba salía purificada, el niño dejaba su lugar al hombre y empezaba la última, pero más fecunda etapa de esta vida admirable.

* * *

¿Qué pudo tener de especial una vida que al ojo vulgar fue tan sólo la de un buen estudiante universitario? ¿Qué cosa de extraordinario realizó ese joven en los seis años de estudios de ingeniero para atraerse en vida la consideración tan alta de los que lo conocieron y después de su muerte la admiración de los que contemplaron aunque de lejos su figura moral?

La respuesta es simple: tomó a lo serio el cristianismo, lo abrazó en su integral complejidad: en la práctica externa y en el espíritu interior. Vivió una vida sencilla, sin ninguna acción extraordinaria ni singular pero haciendo que todas ellas respondiesen a un ideal pleno de fe y de caridad. Era la vida cristiana en toda su íntima sustancia desarrollándose en medio de las vicisitudes, trabajos y circunstancias de cada día.

Como rápidos destellos veamos algo de su vida universitaria.

La profesión era para él, la forma de vida que el Señor le señalaba y por tanto su estudio significaba el deber de estado donde cumplía plenamente la ley del trabajo impuesta al hombre. Tenía de la profesión el concepto cristiano que la dignificó en el medioeval; veía en ella una vocación en la cual el alma se fortifica mediante una obligación definida, disciplinada, continua.

No era el ansia de verdad la que empujaba al estudio a este espíritu que se nutría de más altas verdades, no era tampoco la necesidad material la que movía a este joven heredero de una de las más grandes fortunas de su patria a realizar ese esfuerzo, era la convicción que un alma se relaja en la anarquía de una acción sin ley que constrija, era el concepto que la misión de un cristiano es un deber y que es necesario crearse deberes firmes que encaucen nuestra existencia y la aparten de la instintiva relajación que nos atrae.

Había escogido la profesión de ingeniero de minas por ser la que más se avenía con su carácter resuelto y varonil. Quizás ni siquiera conocía la curiosa frase de Platón en la puerta de su escuela: "Nadie entre aquí, si no sabe Geometría", ni el fino comentario que de esta frase hace Bordaz-Desmoulin: "Sin las Matemáticas no se penetra al fondo de la Filosofía, sin la Filosofía no se penetra al fondo de las Matemáticas; sin las dos no se penetra al fondo de nada", para él su problema era más simple: la vida es un esfuerzo y cada cual debe en ella tomar la parte que Dios por medio de sus aptitudes le indica.

Y para él fue un esfuerzo continuo; un trabajo asiduo al cual hubo de sacrificar tantas veces sus aficiones y gustos más queridos, y con tales sacrificios había llegado al término de sus estudios. Cuando la muerte lo sorprendió faltaban tres meses para su doctorado de ingeniería.

Fue un universitario italiano y con eso ya decimos que tenía todo el entusiasmo y fuego que caracteriza la vida de una Universidad de Italia.

No pensemos en verlo únicamente inclinado sobre los libros y ecuaciones; como universitario amaba la vida de tal y la vivía intensamente. Había ingresado al Círculo universitario "Cesare Balbo" y lo amaba con especial afecto como si ahí hubiese hallado una segunda familia, convencido que la obra de formación cultural y religiosa que realizan los círculos son de insustituible importancia.

La obra que ahí realizaba, callada y oscura, no dejaba por eso de ser menos fecunda. Uno de sus amigos que fue presidente del círculo escribe a propósito de Pier Giorgio:

"Es fácil imaginar qué ayuda sea para una presidencia y cuánta cohesión toma un círculo cuando puede contar entre sus socios, uno que sin querer el honor de los cargos posee segura autoridad y notable influencia sobre muchos otros; uno que conoce a todos, que es amigo de todos, que es capaz y está dispuesto a servirlos a todos, a aceptar un trabajo, un encargo, a conducirlo a fondo y bien; en fin uno que está en su puesto y con el cual se puede siempre contar".

Frassati había comprendido y realizado una gran verdad en su acción universitaria, a saber: que el bien de una organización depende de la bondad y del celo de los socios más que de los reglamentos y estatutos.

Italia vivía en esos años, anteriores al 23, los duros momentos que precedieron a la revolución fascista. Eran los años de la crisis de toda autoridad, de la ola roja que avanzaba incontenible, de la desorientación de los espíritus. La Universidad reflejaba también ese ambiente de lucha. Pier Giorgio supo aceptarla. Un día era el aviso colocado por él en la Universidad invitando a la comunión pascual y arrancado por los que se llamaban incrédulos, al día siguiente eran 64 avisos semejantes al arrancado que empapelaban los claustros universitarios. La mano de Frassati los había colocado. Otra vez era una invitación a una hora de adoración eucarística puesta en la vitrina de avisos universitarios, cien estudiantes que en forma amenazadora deseaban destruirla, y solo frente a la vitrina, rígido con un bastón en la mano, defendiéndola, el estudiante católico de ingeniería, Frassati.

En septiembre de 1921 se reunía en Roma el Congreso Nacional de la Juventud Católica italiana. El magnífico movimiento juvenil que hoy contemplamos con admiración había ya comenzado. El domingo 4 de septiembre debía celebrarse la Misa en el Coliseo; cuando los jóvenes llegaron, la tropa que rodeaba el monumento les impidió penetrar, la función había sido prohibida por el Gobierno. Llenos de santa indignación los jóvenes se dirigieron al Vaticano, donde después de oír la Misa fueron recibidos en audiencia por S.S. Benedicto XV. De ahí debían dirigirse a la tumba del soldado desconocido cuando una nueva prohibición policial impide el cortejo. Ante la inmensa masa de cincuenta mil jóvenes que avanzan llenos de fe, entusiasmo e indignación por las vejaciones sufridas, las tropas deben cejar, cediéndoles el paso, pero en "piazza del Gesù" los espera la guardia regia a caballo.

Oigamos a un actor de la escena:

“Pier Giorgio tiene en alto con sus dos manos la bandera tricolor del Cesare Balbo. De improviso desembocan del portón del palacio Altieri cerca de doscientos guardias regios a las órdenes del más sectario funcionario que haya conocido jamás. Grita: “pegad con los fusiles y arrancad las banderas”. Parecen que trataran con fieras y no con jóvenes desarmados. Golpean con los fusiles, arrancan y despedazan nuestras banderas. Como podemos desesperadamente defendemos nuestras insignias. Veo a Pier Giorgio en lucha con dos guardias que tratan de arrancarle la bandera con el asta quebrada queda en sus manos. En su compañía somos llevados a la prisión. . . y comienza el interrogatorio:

—Tú, ¿cómo te llamas?

—Pier Giorgio Frassati.

—¿El nombre de tu padre?

—Alfredo.

—¿En qué trabaja?

—Embajador de Italia en Berlín.

(Estupor, voces suaves, excusas y por último):

—Puede usted salir.

—Saldré cuando salga el último de mis compañeros— es la respuesta.

Y ahí en el patio de la prisión, presididos por un sacerdote que lleva el rostro ensangrentado, a instancias de Frassati, se realiza una escena digna de los primeros siglos de la era cristiana.

—“Muchachos, por nosotros y por los que nos han ofendido, oremos” —y todos de rodillas entonan el rosario.

Después de este incidente llovieron sobre Pier Giorgio las felicitaciones; parecía no comprenderlas. Para él era algo imposible que un joven católico pudiese en esas circunstancias, obrar de otro modo.

Su único comentario envuelto en una sonrisa fue éste: “Nos trataron mal, pero nosotros respondimos recitando por ellos el rosario”. Nada de reproches o de insultos, sus palabras reflejaban la inmensa dicha de haber sufrido algo por Cristo.

* * *

Ese joven lleno de fe y de ardor, dispuesto a dar serenamente su vida por sus convicciones, sabía gozar de todas las cosas bellas que Dios ha puesto en el mundo. Amaba las flores y por coger una flor de los Alpes era capaz de volver a realizar una ascensión. Su gusto por la pintura y la escultura lo hizo recorrer concienzudamente las principales ciudades de Italia, Austria y Alemania en los años en que su padre desempeñaba en Berlín el cargo de Embajador. Amaba la poesía y en modo especial Dante. En su escritorio se encontraron copiadas de su mano sus composiciones predilectas. Gustaba en modo especial del teatro, pero antes se informaba de la moralidad de la pieza, él que llevaba en su cartera el pase de entrada libre a todos los teatros supo también demostrar en ésto su firmeza de carácter, no asistiendo jamás a una representación menos conveniente. Su fuerte naturaleza física amaba los depor-

tes, el foot-ball, la bicicleta, el remo, la equitación, guiaba con mano firme su automóvil, pero sobre todo su pasión eran los montes.

El alpinismo era para él una escuela de voluntad y de valor, un esfuerzo para tender siempre a todo lo que es fuerte, grande y bello.

La visión magnífica de la naturaleza lo entusiasmaba, acercándolo a Dios. Desde su refugio alpino escribe a un amigo: "Quisiera si me lo permitieran mis estudios, pasar días enteros en los montes, para contemplar en aquella atmósfera pura, la grandeza del Creador".

Todo ahí lo llenaba de gozo, la nieve, el panorama, la sencillez de la vida primitiva, simple, áspera y sana.

Sus excursiones a la montaña le servían de ocasión de apostolado. Cuando alojaban en el gran San Bernardo, temprano, despertaba a todos para la Misa y cuando sus compañeros llegaban a la Iglesia lo encontraban ya en fervorosa oración preparándose a recibir el pan eucarístico. En la noche, invitados por él, comenzaban el rosario.

"Cómo era bella esta oración en el silencio de la noche, escribe un amigo, ante un paisaje como el rosario: siempre igual y siempre variado. Confieso que quizás han sido estos los momentos de mi vida en que he rezado con más fervor y esto debido a su ejemplo".

Su mismo deporte fue para él un acto continuo de caridad, de servicio de los otros, de atenciones y finezas, hechas con esa sana alegría con la cual quería disimular su buena acción.

Su última ascensión, un mes antes de morir, fue a "le Lunelle", donde el año anterior había caído un estudiante. Llegados a la cumbre, antes de descender, Pier Giorgio invitó a los amigos a recitar el "De Profundis" por el que ahí había encontrado la muerte. Su última fotografía lo muestra escalando la abrupta pared rocosa y al pie de ella escrita por su mano la frase que puede resumir su vida: *hacia la altura*.

La base de esa vida ardiente y sencilla era su profunda piedad... Los parroquianos de la Crocetta veían diariamente al joven universitario acercarse a la sagrada mesa con aquel recogimiento que a todos edificaba, seguir las funciones sagradas con su misal en mano, servir los domingos la Santa Misa con aquella exacta comprensión, de lo que en ese instante se realizaba. Su devoción eucarística lo llevaba a participar con frecuencia de las adoraciones nocturnas y ahí el joven inquieto de las excursiones, el bullicioso estudiante, permanecía horas enteras absorto en oración, en íntimo trato con su Dios y Señor.

Todos los años hacía por 4 días sus ejercicios espirituales. Sabía que en ningún sitio el espíritu se prepara mejor que en esas horas de recogimiento y meditación. No olvidaba que "el silencio es la patria de los fuertes" y ahí templaba su fe que en cada instante supo vivirla.

"Cada día comprendo mejor, escribe a un amigo, qué gracia es la de ser católico. Pobres desgraciados los que no tienen fe. Vivir sin fe, sin un patrimonio que defender, sin sostener una lucha continua, no es vivir sino vegetar. Nosotros no debemos jamás vegetar sino vivir, para que aún a través de cada desilusión, recordemos que somos los únicos que poseemos la verdad; tenemos una fe que sos-

tener, una esperanza para alcanzar nuestra patria, y por lo tanto, fuera toda tristeza que sólo puede existir cuando se pierde la fe!”.

Y a otro amigo:

“Un vínculo que no conoce distancia nos une y espero, nos unirá siempre. Es la fe, el común ideal que te podrá sostener en tu carrera con los medios que la vida militar te dará y que yo procuraré con la ayuda de Dios, defender y sostener en mi futura vida de hombre”.

El secreto de esa fe, como nos dice Monseñor Pini, Ex-Asistente General de la F. U. C. I. estaba en que:

“Siendo fuerte, no colocó su confianza en sí mismo, sino siempre miró al Cielo. Vivió de Eucaristía porque había sabido que los jóvenes ejemplares de ayer, de hoy y de todo tiempo sacan de este Sacramento la fuerza para toda acción generosa”.

Sus autores favoritos, san Pablo y san Agustín, le habían enseñado que la vida cristiana es esfuerzo y lucha y el aplicaba a la vida sus lecciones. De ellos también aprendió la sencillez y modestia, característica de su personalidad.

El hijo del Embajador de Berlín, del senador del reino, el heredero de una gran fortuna, jamás quiso hacer alusión siquiera de esas circunstancias tan ambicionadas y aplaudidas del mundo; más aún, el mismo parecía ni siquiera conocerlas.

—¿Cómo, le pregunta un amigo admirado de encontrarlo en un modesto wagón, tú viajas en tercera clase?

—Sí; responde sencillamente Pier Giorgio—, porque no hay cuarta.

Lo que no dijo fue que esa economía en los pasajes iba a ir a remediar miserias y consolar dolores de sus pobres.

La misma simplicidad al profesor sin temor pero también sin aspavientos su fe.

Salía un día de la Iglesia y aún tenía en la mano su rosario, en las gradas lo encuentra un conocido que le pregunta irónico:

—Pier Giorgio, ¿te has hecho un beato?

—No; —es la respuesta sencilla—, he permanecido cristiano.

En un Congreso estudiantil en Ravena, un joven que no lo conocía antes, se admira de oírlo hablar con tanta corrección el alemán, con los jóvenes de esa nacionalidad ahí presente. —“Lo aprendí, contesta modestamente, porque estuve algún tiempo en Alemania donde mi papá estaba empleado”. No dijo que el empleo era el de Embajador de Italia.

Con igual sencillez, si alguna vez faltaba el sacristán, él hacía la colecta en la Iglesia parroquial, llena de gente.

“Una sinceridad sin sombras es la más rara de las gracias”, escribía un célebre autor inglés, Faber.

Y esa era la característica de Frassati: sinceridad sin nubes, rectitud que no conoció transacciones, tuvo en sus labios la risa espontánea del niño, y en su corazón el sentido de lo bello del poeta.

Con esa misma sinceridad para con todos y consigo mismo encaró el problema de la elección de estado.

Después de serio examen de sus deberes y tendencias, comprendió que debía seguir el matrimonio.

A su futura esposa exigía como primera cualidad un concepto cristiano de la vida, y con ese concepto miraba también la organización de su futuro hogar.

“A mis hijos, dice a un amigo, no les dejaré riquezas porque estoy persuadido que éstas, lejos de favorecer su situación muy a menudo sirven únicamente para fomentar pasiones. Me preocuparé de darles una instrucción cristiana, de modo que si quieren, puedan ellos conquistar una digna posición social”.

Y sin embargo, en este campo fue donde encontró sus más duras pruebas. Un sentimiento había nacido en su corazón y antes de darlo a conocer miró de frente los nuevos deberes que se le presentaban.

Examinó si era del agrado de sus padres la elección y cuando comprendió que no lo era, con esa viril decisión que caracterizaba todos sus gestos impuso silencio al corazón.

El dolor fue profundo pero mudo, muy pocos solamente lo conocieron, sus lágrimas ocultas fueron un nuevo peldaño que lo acercaban a la perfección. A este propósito escribía:

“Los dolores humanos nos llegan, pero cuando se les ve a la luz de la Religión y por tanto de la resignación, no son nocivos sino saludables, porque purifican el alma de las pequeñas e inevitables sombras con que nosotros por nuestra mala inclinación la manchamos”.

Como dice su Director espiritual, el P. Cojazzi:

“Lo sublime de su renuncia consiste en el hecho que fue total, definitiva y aceptada por puro sacrificio a la familia.

Como era íntegro para ayunar, asistir a Misa, ejercer la caridad, así en esta renuncia fue de una heroica coherencia, tanto en tener oculto completamente el propio sentimiento a la joven que amaba, cuanto en no poner a sus padres en la dura circunstancia de una oposición. “Podría desposarla contra la voluntad de los míos” —dijo una vez— “pero destruir una familia para crear una nueva sería un absurdo y una cosa que ni siquiera puede pensarse”. — “Seré yo el sacrificado; pero si Dios lo quiere así, que se haga su santa voluntad”.

Un hombre como Frassati, que sobre cada problema: religioso, familiar, universitario, tenía una respuesta y cada deber lo encontró pronto a cumplirlo, no podía olvidar sus deberes cívicos.

En esos momentos el partido “Popolare” de Don Sturzo, se presentaba con ese ardor que lo caracterizó desde un comienzo.

Para Pier Giorgio, la pasión política fue un apostolado; su amor a la doctrina social cristiana, que era como la llama de su vida, le hizo ver en el partido “Popolare” la aplicación al campo de la vida cívica de esos ideales. Y se consagró de lleno a trabajar por él.

Cuando la revolución fascista, disolvió el partido, su dolor fue grande pero no lo abatió, se dedicó más de lleno a las Conferencias de San Vicente de Paul, donde encontraba una forma de realizar sus grandes ideales de apostolado social.

Apóstol social, su carrera la miraba como un medio de realizar una mayor acción entre los pobres. Pertenece a esa raza de los apóstoles seculares de la Acción Católica que tan numerosos produce actualmente la Iglesia, que saben hacer de su profesión una constante conquista. Para realizar esta obra escogió la carrera de ingeniero de minas. Dice su hermana:

“De cuantos sufren por la dureza de su trabajo, los mineros le parecían los más infelices en cuanto les es negada una de las dichas más grandes que al hombre le haya sido concedida aquí abajo; mirar el cielo.

Era necesario descender a ellos, llevarles la palabra de fuerzas y de amor. Por eso en los estudios se había propuesto ser ingeniero de minas: ingeniero y apóstol”.

Todo esto se comprendía en una palabra, la que el Maestro señaló como “máximo mandamiento” y “plenitud de la ley”; la Caridad.

Sobre su escritorio, para encontrarlo siempre a sus ojos, tenía escrito el trozo inflamado en que san Pablo, su autor predilecto, hace el elogio de la Caridad.

“1. Si yo hablare lenguas de hombres y de ángeles, y no tuviere caridad, soy como metal que suena, o campana que retiñe.

2. Y si tuviera profecía, y supiere todos los misterios, y cuanto se puede saber; y si tuviese toda la fe, de manera que traspasase los montes, y no tuviere caridad, nada soy.

3. Y si distribuyere todos mis bienes en dar de comer a los pobres, y si entregare mi cuerpo para ser quemado, y no tuviere caridad, nada me aprovecha.

4. La caridad es paciente, es benigna: la caridad no es envidiosa, no obra precipitadamente, no se ensoberbece.

5. No es ambiciosa, no busca sus provechos, no se mueve a ira, no piensa mal.

6. No se goza de la iniquidad, mas se goza de la verdad.

7. Todo lo sobrelleva, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.

8. La caridad nunca fenece: aunque se hayan de acabar las profecías, y cesar las lenguas, y ser destruida la ciencia” (4).

Las Conferencias de San Vicente de Paul, como ya hemos dicho, fueron su campo predilecto de apostolado y caridad. Veía en ellas no sólo una obra de ayuda al pobre sino de formación de los socios que a ellas pertenecen.

“La Conferencia, decía —hace más bien a sus miembros que no a los pobres”—, y se emocionaba refiriendo lo que Don Cojazzi le había contado cómo Ozanan daba gracias a Jesús de su comunión pascual, vi-

(4) 1 Co. 13, 1-8.

sitando al más pobre de sus pobres y en la persona de él visitaba a Jesús. “Quisiera de que en día no lejano se reuniesen en las Conferencias todos los “fucinos (universitarios católicos) de Turín”, fueron las líneas encontradas después de su muerte en una carta no alcanzada a terminar.

Los barrios miserables de Turín, las heladas buhardillas, contemplaban la figura del elegante joven cargado de grandes paquetes que iba a distribuir a *sus* pobres, y junto al don material la palabra de aliento, el consejo cariñoso, la mano fraternal que se tendía. Pero nótese, nunca daba o aconsejaba como persona privada, siempre en nombre de la Conferencia de San Vicente.

Sería interminable narrar las anécdotas de su caridad. Basta recordar que sus dádivas eran siempre fruto de un sacrificio, de una privación.

En sus excursiones alpinistas, la madre le daba una suma considerable de dinero, “la pensión diaria del Gran Hotel St. Moritz”, como ella le decía. Pero Pier Giorgio en cambio, dormía en el refugio de la montaña sobre un poco de paja, comía lo que llevaba en su saco de alpinista, y el fruto de la economía servía así para sus pobres.

Recuerda su madre que al regresar de Viena, traía en el bolsillo la considerable suma de *una lira*; más tarde al contar sus impresiones de viaje dijo haber *descubierto* que se pasaba muy bien comiendo una vez al día... y después, sin darse cuenta que sus palabras lo delataban se refirió con los ojos llenos de lágrimas a la miseria de los estudiantes de Viena. La madre comprendió entonces el significado del *descubrimiento* de Pier Giorgio, de comer una vez al día durante el viaje y regresar con una sola lira en el bolsillo.

Agonizante, el día antes de su muerte, escribió con mano trémula unas líneas que apenas pueden leerse; eran dirigidas al consocio Grimaldi, estudiante de ingeniería. Le enviaba las inyecciones para un pobre, los bonos para otro. Era su testamento.

“Su figura, dice el ex-Superior General de los Salesianos, don Rinaldi, quedará en mi recuerdo siempre asociada a la imagen de la Caridad”.

Su alma bella, madura para el cielo, se preparaba a la eternidad. Había meditado tanto a san Pablo que no podía olvidar las palabras del gran apóstol: “No tenemos aquí ciudad permanente, sino que vamos en busca de la ciudad futura”.

A un amigo escribía dos años antes de morir:

“Como no se sabe cuándo vendrá la muerte a llevárselo, es de gran prudencia el que *cada* día uno se prepare para morir *ese mismo día*. Por tanto, desde ahora en adelante, trataré de hacer todos los días una corta preparación a la muerte, para deber encontrarme sin preparación y tener que llorar los bellos años de la juventud perdidos del lado espiritual”.

Y a otro, el mismo año:

“Cree que la vida debe ser una preparación continua para la otra, porque no se sabe nunca ni el día ni la hora de la partida”.

Como hombre y como cristiano, la miraba sin miedo. Y sus amigos le oyeron muchas veces repetir: "Creo que el día de mi muerte será el más bello de mi vida".

No era la palabra del desencanto, sino la frase de la fe, que sabe el "aeternus gloriae pondus", la inmensa gloria que más allá nos aguarda.

Una rápida enfermedad —poliomelitis arteriovenosa, de carácter infectivo— lo había tomado. Tres días en que se intentaron toda clase de recursos, bastaron para tronchar esa fuerte naturaleza. Confortado con todos los sacramentos, serenamente, pensando en sus pobres y en su familia, con los nombres de Jesús y María en sus labios, el 4 de julio de 1925, cerraba sus ojos a la tierra para abrirlos en la eternidad.

"Fue arrebatado para que la malicia no alterase su espíritu o para que la seducción no engañase su alma".

"Consummatus in breve, explevit tempora multa".

"Hecho perfecto en breve tiempo, realizó una gran carrera".

* * *

Cuenta una leyenda oriental que un rey al marchar a apartadas regiones de su reino, hizo poner en su bagaje grandes sacos cargados de perlas, esmeraldas y diamantes. Marchaba el rey con sus riquezas a la cabeza del séquito y detrás seguíanle el numeroso grupo de sus empleados y siervos, los guardias de su corte, los miembros de su ejército. La caravana se internaba por un largo y solitario desierto, y los sacos de ricas piedras que por orden del rey habían recibido una pequeña abertura dejaban lentamente escapar su tesoro arrojando sobre las arenas cantantes del desierto su preciosa mercancía... y los servidores lentamente iban abandonando la real escolta para buscar y recoger la fortuna que veían cerca de sus manos.

El rey, empero, imperturbable, continuaba su marcha por el árido y ardiente desierto de arena. Cuando hubo llegado al confin, volvió atrás la cabeza y sólo encontró un joven que lo seguía...

—Y ¿cómo, preguntó admirado el rey, tú no te has detenido como los otros a coger las riquezas que derramaba?

Y el joven, en cuya voz vibraba toda la energía de un alma íntegra y viril, con noble acento respondióle tan sólo:

—Majestad, yo sigo a mi Rey.

* * *

En esta respuesta se encuentra delineada la figura moral del alma que he tratado de poner en relieve. Ella sintetiza la vida admirable en su cristiana integridad, sencilla y atrayente en su simplicidad, vibrante en su noble virilidad de Pier Giorgio Frassati.

Siguió a su Rey, Cristo Jesús, como sigue el soldado leal a su jefe, el paso resuelto sin titubear ante la Cruz arma del cristiano, la frente alzada sin avergonzarse del Evangelio del Maestro, la voluntad resuelta de no servir con claudicaciones mezquinas; alegre porque vivía su ideal,

generoso porque la caridad sobreabundaba en su pecho, virilmente fuerte porque su religión vivida intensamente le enseñaba el secreto de la fortaleza cristiana.

En época de debilitamiento de caracteres, la vida de Pier Giorgio Frassati enseña y anima a un mismo tiempo.

Ella nos enseña que quien profesa una doctrina debe vivirla plenamente, que quien tiene un ideal debe orientar hacia él su existencia, que la vida efímera del mundo, no sacia a un espíritu noble y que como Bossuet dijera “debemos tratar de pasar, no de permanecer aquí abajo”.

Pier Giorgio Frassati, es un símbolo de los universitarios y jóvenes católicos a los cuales sigue repitiendo la frase que tantas veces pronunció en su vida:

“Somos la juventud que se arrodilla y cree”.